

Nos hizo la invitación de seguirle, entramos á un caseron que me pareció muy raro, subimos unos pocos escalones y penetramos á una pieza bastante grande. Habia varios individuos junto á una mesa y un hombre flaco, huesudo y con una venda en un ojo, en medio de todos. Este era el tigre de Alica.



### CAPITULO XXX.

#### EN EL CUBIL.

A mí me llevaba solo la curiosidad, y á D. Plácido Vega la idea de hacer preparativos, por insignificantes que fueran, para sus planes ulteriores. Lozada simplemente recibia la visita de un revolucionario refugiado en Tepic que venia á darle las gracias por las consideraciones dispensadas por las autoridades lozadeñas, tanto á él como á sus compañeros. Tras esto podría haber el segundo proyecto de ganar simpatías en el campo porfirista.

Saludé á todas aquellas gentes, previa la presentación que hizo de mí el general Vega, y entonces pude saber que todos ellos eran allí grandes personajes: uno era el coronel Galvan que mandaba á los indios mas queridos, el otro era el general Nuñez que poseia las mejores tácticas para la guerra de monta-

ña, y el de mas allá el coronel Rosales que ofrecia ser una de las mas grandes glorias del Nayarit etc. etc.

Como dije antes, Lozada tenía unavenda que le cubria el ojo derecho y ademas tenía la mano del mismo lado metida en un pañuelo blanco que le colgaba del cuello. Hacia poco que pescando con cohetes de pólvora gigante, en uno de los esteros próximos al puerto de San Blas, le habia estallado uno en la mano llevándole dos dedos y abrasándole el hombro y todo el lado derecho hasta la cara, quedando tambien el ojo terriblemente maltratado Y estas heridas le habian hecho sufrir mucho mas, en virtud de haberse resistido tenazmente á que le curara un facultativo, temiendo, como siempre temia, que fuera á envenenársele. A duras penas y despues de batallar mucho con la tenacidad indígena de Lozada, consiguió D. Plácido Vega que el general se pusiera en manos de un curandero de Tepic que podia pasar por amigo de la causa. Sin embargo de las grandes recomendaciones con que entró este curandero á ejercer su habilidad, Lozada le obligaba á probar primero los medicamentos, y si eran unturas, á que primero las tocara con la lengua por un largo rato, haciendo sufrir á veces martirios atroces al pobre aprendiz de cirujano.

Presentaba pues, un aspecto horroroso el general rodeado de los suyos: éstos aproximaron unas sillas forradas de cuero para que nos sentáramos y en seguida se salieron al corredor como para dejarnos en libertad de entendernos.

D. Plácido fué el primero que habló diciéndome:

—El general tenia deseos de conocer á Vd. licenciado, desde en la vez anterior que pasó Vd. por aquí.

—Tanto mis compañeros como yo le agradecemos mucho sus finezas. Aprovecho esta oportunidad, añadí dirigiéndome á aquel personaje, para dar á Vd. las gracias por la proteccion amistosa que en aquella vez se sirvió dispensarnos.

—Déjese de eso, pronunció con voz uraña.

Y despues de un rato en que estuvo reflexionando probablemente algo mas largo que decir, se dirigió á D. Plácido con estas palabras:

—Usted háblele, amigo D. Plácido.

—El general y yo, se apresuró á decir Vega, hemos constantemente estado haciendo recuerdos de Vds. Yo le he hablado siempre de Vd. de Granados, de Palacios y de Toledo. Ya solamente quedan Vd. y el último despues de tantas aventuras... todo se lo he referido al general, y tanto la valiente conducta de Vds. como sus ideas fijas, le han hecho formar por Vds. grandes simpatias. Hoy el general se consideraria altamente satisfecho si Vd. se decidiera á quedarse viviendo en San Luis una temporada.

—Quién sabe! murmuré, ni yo mismo puedo saber el tiempo que he de durar por aquí.

—Véngase, me dijo Lozada con un tono que queria decir mucho.

Esto es, con esa sola palabra me dijo muy elocuentemente:—Sepa Vd. que aquí tiene su casa, Vd. no tiene que hacer otra cosa mas que resolverse, y

aquí lo tendrá todo de sobra y cuando ya no quiera estar con nosotros, no saldrá disgustado.

—Gracias, general, le contesté, si no estuviera hasta cierto punto comprometido con mi país y con mi partido, á terminar del modo que se pueda una revolucion en que he tomado una parte tan activa y tan directa, de buena gana aprovecharía esta amable invitacion que se me hace, sin mas interes que el de la simpatia; de buena gana me pasaria aquí unos meses montando á caballo, cazando en las montañas vecinas todas las mañanas, yendo á pasear á los grandes estanques naturales que se divisan al pié de las serranias, tendríamos un rato de amistosa conversacion todas las noches despues de la cena y se deslizaria el tiempo casi sin sentirlo.

—Qué bueno! exclamó el general Lozada.

El general Vega agregó:

—Esa misma pintura que Vd. acaba de hacer hemos hecho acá nosotros: Vd. estaria aquí en completa libertad para dirigirse por donde quisiera y siempre cuidado por las gentes del general: á veces lo acompañariamos nosotros en las correrias para enseñarle todo y siempre descansariamos por la noche, aquí ó en el corazon de la sierra, donde no faltarian buenos alojamientos. El general tiene las camas de campaña necesarias, no le faltan provisiones de camino para una excursion de quince ó veinte dias. Vd. en los ratos de las comidas nos platicaria sobre tantas cosas que sabe y pasariamos el tiempo muy contentos.

—Vds comprenden que necesito ir á trabajar mas activamente en favor de mi causa.

—Aquí tambien se puede trabajar como trabajo yo. ¿Vd cree que nosotros perdemos el tiempo?

—Vds. tienen todo esto muy bien organizado y no hay quien los moleste. Juarez les teme, el ejército los respeta, los revolucionarios los estiman. Vds. son verdaderamente independientes en esta pequeña República.

—Dice bien el licenciado, exclamó Lozada que ya pugnaba hacia rato por decir alguna cosa.

—Es verdad, general? me apresuré á contestarle para aprovecharme de aquella concedida.

—Si.

—Yo tengo deberes que cumplir en el interior, ó no sé donde, pero de aquí tengo que salir para ir á trabajar en mi pequeñez por donde se pueda.

—Perdóneme Vd. querido licenciado, agregó el general Vega con voz muy dulce, si le propongo un plan que me parece bueno.

—Diga Vd. general.

—Segun tenemos entendido el general Diaz ha lle-  
do á Jalisco.

—¿De veras? pregunté con todo entusiasmo.

—No lo sabemos de cierto, pero lo sospechamos. El general Diaz y el general Galvan andaban juntos en los Estados Unidos, y el general Galvan acaba de aparecer en Jalisco.

—Es decir, que pueden estar á unos cuantos dias de camino.

—En el Sur.

—Pues allí puedo ir á incorporarme con ellos.

—Eso era lo que iba á proponerle. A Vd. no le conviene entrar nuevamente en campaña sino al lado del general Diaz y para ello debe esperarse á que vuelva un correo que nosotros le mandemos.

—Me parece muy bien.

—Vd. entre tanto permance aquí ó en Tepic.

—Creo que convendria mas á Vds. que mi residencia fuera en Tepic. Si me quedara aquí se despertarían sospechas, iría luego el chisme á Juarez.....

Inmediatamente se me vinieron á la imaginacion estas circunstancias: que en Tepic estaban mis amigos y compañeros de tresillo; que en Tepic habia un Hotel muy confortable y familias muy amables que me dispensaban el honor de recibirme en su seno; que en Tepic habia una música todas las noches de retreta y unos baños primorosos y un paseo á la loma los domingos que nada dejaba que desear, y sobre todo, que en Tepic estaba mí proveedor de dinero, el ex-comisario del ejército D. Cárlos Betancourt, el cual con sus buenas relaciones y con su bolsa bien provista me surtia de los recursos necesarios para mis necesidades. Mi fortuna se componia de quinientos pesos, producto de mis caballos y sueldos de periodista que me pagó Tapia en Mazatlan, pero á este dinero le habia echado doble nudo como suele decirse. Trescientos pesos estaban destinados para hacerle un giro á mi familia que de seguro estaba alcanzada y el

resto para proveerme de un caballo y acudir á cualquiera otra grave necesidad.

Lozada me ofreció dinero, pero no quise aceptar un solo centavo que me obligara mas á él cuando ya tan obligado estaba á su amabilidad y preferí continuarlo pidiendo á Betancourt para mis pequeños gastos.

Todas estas causas eran las que me obligaban á dar la preferencia á Tepic para mi establecimiento que yo consideraba tenía que ser corto.

—Y qué? dijo Lozada.

—Nada importaria, agregó Vega, pero nosotros no nos opondremos á que Vd. resida donde mejor le parezca.

—En Tepic, afirmé nuevamente.

—Está bien, y yo iré á ver á Vd. cada tres ó cuatrodias para ponerle al corriente de lo que sepamos.

—¡Magnífico!

—Ahora vamos hablando de otra cosa: ¿Vd. cree que tienen suficientes elementos Vds. para derrocar á Juarez?

—Los teniamos y desgraciadamente los hemos perdido. Nuestras fuerzas principales estaban en la guarnicion de Mexico que fué derrotada el 1º de Octubre con su pronunciamiento de la Ciudadela; en las tropas de Oaxaca que fueron deshechas antes de que pudieran ponerse en accion, y por último, en las organizadas en la frontera con inmensos sacrificios que vinieron á concluir en la Bufo de Zacatecas. Ahora ya no tenemos mas que tropas aquí y allá, que apenas se sostienen, y que son perseguidas tenazmente

por las tropas del gobierno. La revolucion está en cuadro, general, no puedo negarlo.

—Pero algunas esperanzas deben tener Vds?

—No lo niego. Yo por mi parte tengo la esperanza de que el general Diaz se presente en cualquier parte del país y que su sola presencia levante tres ó cuatro Estados que organicen un nuevo ejército. Por ejemplo, si fuera cierto que se encuentra en Jalisco, allí se podrían poner á su voz sobre las armas unos cinco mil hombres á los cuales se uniría García de la Cadena con otros tantos de Aguascalientes, S. Luis y Zacatecas. Y ahora seria la mejor oportunidad, ahora que el primer general del gobierno está encampanado en Mazatlan y que las otras fuerzas estan entretenidas en la frontera con los restos que se llevaron Treviño, Naranjo y Martinez.

—Y qué razon nos dá Vd. del general Donato Guerra?

—Salió de Durango y debe haberse hecho fuerte en Chihuahua.

—El general aunque ha sido enemigo personal de Donato Guerra estima su valor, su serenidad, su hidalguía y todas las demas virtudes que adornan á tan ilustre jefe.

—Es muy apreciable positivamente.

—¿Y no cree Vd. que llegarán Vds. á necesitar de otros elementos para poder luchar con Juarez?

—¿Como cuales?

—Como los del general por ejemplo.....

—Ah!.....

Y no logré contestar otra cosa porque aquel fué un golpe inesperado del que no pude reponerme sino hasta pasados unos segundos en que contesté:

—Yo lo preguntaré al general Diaz en la primera oportunidad y él será quien pueda resolver este delicado punto.

Pero como no estaba satisfecho de esta respuesta que podia ofender á aquellos señores, agregué luego:

—Es seguro que el señor general Diaz veria con mucho entusiasmo que Vds. se hallaban dispuestos á ayudarle.

—Si quiere Vd. puede escribírselo.

—Se lo escribiré luego que sepa de un modo seguro en donde se encuentra.

—Ahora con el correo que vamos á mandarle.

—Es verdad, que tenemos que mandar... esto es, que Vds. me han ofrecido mandar un correo que vaya á tomar informes.

—Y si lo encuentra ya le entregará la carta de Vd.

—No comprometeremos su vida?

—Estos correos del general saben bien donde llevan escondida una carta, sin temor de que nadie se las encuentre aunque los desnuden. Él la llevará hasta donde encuentre al general, y si perece antes de llegar, ¡psé! muere en su oficio.

—Mañana mismo escribiré al general Diaz segun las indicaciones que Vds. se sirvan hacerme.

—Solo será bueno que le pregunte Vd. si cree que le seria conveniente la alianza del general contra el

gobierno de Juarez, reservándose Vd. la facultad de hacer los tratados.

Estaba claro el interes que se habia tenido al provocar aquella conferencia.

Una vez comprendido así por todos, y conociendo yo que ya no podriamos ni intentar otra conversacion preocupados como nos encontrábamnos con aquel asunto, propuse á D. Plácido que nos retiráramos.

Al levantarme me dirijí á Lozada con el fin de estrecharle la mano y éste, como si creyera que iba á atacarle, se fué para atras buscando el rincon para resguardarse las espaldas. Se repuso violentamente ante mi ademan pacífico y me tendió la mano izquierda diciéndome:

—Vaya con Dios, licenciado, ya sabe que soy muy su amigo.

—Mil gracias, general.

—Cuando quiera, viene, nomas me manda avisar con D. Plácido.

—Ya me vendré á despedir de Vd. general, y á ofrecerme nuevamente á sus órdenes.

Entraron los otros jefes, apuramos todos juntos unas copas de mescal de Tequila, salimos de allí, montamos á caballo, y nos pusimos otra vez en marcha para la ciudad de Tepic abandonando de dia la poblacion que llevaba el nombre del Señor de la tierra, llamándose San Luis de Lozada.



## CAPITULO XXXI.

### UNA SORPRESA.

Llevábamos pocos dias de vivir tranquilamente en Tepic los revolucionarios prófugos del Estado de Sinaloa, entre los cuales se encontraba ya el mismo gobernador y comandante militar en persona coronel Andrés L. Tapia, temeroso de caer en las manos del terrible general Sóstenes Rocha que era el coco de los pronunciados y un coco que hacia poner descoloridos á mas de cuatro en alguna reunion cuando se pronunciaba su nombre; nos procurábamnos pasar una vida lo más confortable que se pudiera mientras venia otra vez la oportunidad de ponernos en campaña y haciamos cuanto dependia de nosotros para procurarnos noticias seguras que nos permitieran normar nuestras futuras acciones, sin que unos dias dejaran de parecerse mucho á otros, cuando en una mañana repentinamente se apareció en mi alojamiento el general D. Manuel Gonzalez acompañado del ingeniero Perez Castro.